

SAN PASCUAL BAILÓN, CONFESOR

Día 17 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

Por los años del Señor de 1540, reinando Carlos V, y presidiendo la Silla de San Pedro el papa Paulo III, nació San Pascual Bailón, día 17 de Mayo, y primero de la Pascua de Pentecostés, para gloria de España y ornamento de la religión de San Francisco. El lugar de su nacimiento fue una pequeña aldea del reino de Aragón, llamada Torre-Hermosa, obispado de Sigüenza. Sus padres fueron Martín Bailón é Isabel Jubera, honrados labradores de escasa fortuna, pero ilustres por la piedad de sus costumbres. Siendo todavía niño y sin saber andar, comenzó la gracia á dirigir sus operaciones, como preludios que eran de la sublime santidad á que había de subir en la edad proveya. Si alguna vez le dejaba su madre solo, se iba á la iglesia á gatas, en donde le encontraba con los ojos fijos con tal intensidad en las imágenes de Jesús y de María, que la costaba trabajo separarle de ellas. Ya joven, le dedicaron sus padres al oficio de pastor; y aunque este solitario ejercicio parece que le cerraba las puertas para aprender á leer y escribir, pudo tanto su diligencia que aprendió uno y otro, ya preguntando á los que sabían, y ya ilustrándole Dios para que venciese la gracia los impedimentos terrenos. Su zurrón, en lugar de contener el ordinario alimento, era una pequeña biblioteca, en donde se encontraban varios libros piadosos, y el Oficio de la Virgen, que rezaba diariamente con suma devoción y consuelo de su alma. Por esta causa se separaba de los demás pastores, aborrecía sus juegos y entretenimientos, y vivía en aquel oficio como el ermitaño más aprovechado. Su

conversación era santa y agradable, sus modales apacibles y dulcísimos, su genio manso y templado; de modo, que los demás pastores admiraban en él la madurez y prudencia de un anciano, y la pureza é inocencia de un ángel. Hablábales muchas veces de la grandeza de las virtudes, de la santidad de la vida cristiana y de la fealdad de los vicios; y esto lo hacía con tanta gracia y con tan fervoroso espíritu, que los demás pastores, con ser ya algunos hombres ancianos, se movían á compunción, corriendo las lágrimas por sus rostros. Con singularidad les inspiraba una tierna devoción á la Madre de Dios, á quien él amaba y servía con todo el ahínco de su corazón. Si alguna vez advertía que sus compañeros se desazonaban y prorrumpían en juramentos ó blasfemias, los corregía amorosamente y los suplicaba que pusiesen sus ojos en María Santísima; y de este modo logró apaciguar sus rencillas, y muchas veces libertarlos de peligros.

No se olvidaba al mismo tiempo de añadir á los duros trabajos de pastor otras varias mortificaciones, entre ellas el andar descalzo por lugares escabrosos y llenos de espinas, procurando de este modo imitar al Pastor divino, que tanto había padecido por sus ovejas. Divulgándose la fama de sus amables prendas, entró en ganas Martín García, hombre poderoso á quien el Santo servía, de tenerle por hijo, estimando en más esta gloria que todas sus riquezas. Llamó á Pascual, y, cuando lo tuvo en su presencia, le propuso cómo quería adoptarle por hijo, haciéndole dueño de muchas posesiones y grandes riquezas que le había dado el Cielo. Pero el santo joven, que había ya elegido en su corazón á Jesucristo por su heredad y toda su riqueza, le respondió que distaba tanto de admitir su generosidad, que antes bien pensaba en hacerse religioso, abandonando no solamente los bienes temporales, sino la posibilidad de obtenerlos. Que, por lo demás, le daba rendidas gracias

y le sería agradecido, encomendándole á Dios en sus oraciones.

Con este pensamiento procuraba Pascual estrechar su vida con nuevas mortificaciones, ensayándose para la vida austera que debía emprender. Siendo ya de edad de veinte años, le fue preciso deliberar de la ejecución de sus santos deseos, para cuyo efecto pasó al reino de Valencia. Quiso despedirse de su hermana, que habitaba en un lugar intermedio, y, habiendo ido á su casa, le recibió con sumo amor, y quiso regalarle según sus facultades le permitían. Dispúsole una abundante cena, cual, convenía á quien consideraba fatigado del camino, y necesitado de recuperar las perdidas fuerzas; pero el santo mancebo, por más instancias y súplicas que le hizo su hermana, jamás condescendió en tomar otra cosa que un poco de pan y agua. Admiróse la hermana de tanta abstinencia, y, conjeturando que á esta mortificación acompañarían otras mayores, con curiosidad femenil quiso averiguarlo viéndolo por sus ojos. Tenía ésta una compañera llamada Juana García, á quien encomendó que dispusiese una cama bien mullida para que descansase su hermano; y, haciéndolo así, introdujeron al Santo en su cuarto, y, cerrada la puerta, se pusieron las dos á acechar por un agujero lo que el Santo hacía. Pasado un poco de tiempo, advirtieron que se desnudaba, y, sacando unas disciplinas, se azotaba con tanta crueldad, que tuvieron que apartarse de allí, no pudiendo contener las lágrimas que sacaba de sus ojos aquel sangriento espectáculo. A la mañana siguiente, habiendo tomado pan y agua por desayuno, encargó mucho á su hermana que viviese en el santo temor de Dios, y, despedido de ella, prosiguió su viaje.

Como éste se dirigía á poner por obra las inspiraciones de la gracia, no tenía otro fin que renunciar el mundo y las comodidades que éste le ofrecía en su

patria, y servir á Dios en dondequiera que viviese. Sus deseos eran principalmente de ser religioso; pero, no proporcionándose ocasión oportuna para ello, tuvo que volver á su ejercicio de pastor.

Las mutuas rencillas que tenían entre sí los pastores, creían éstos que se vencían ó que se apaciguaban con maldiciones y juramentos; de lo cual ofendido grandemente el santo joven, determinó escapar cuanto antes de tan multiplicados peligros. Significólo á un amigo suyo, que era de los más moderados entre aquellos pastores, el cual le respondió: *Si piensas entrar en religión, ¿por qué no te vas al monasterio de Nuestra Señora del Huerto, que es monasterio rico, y está en tu tierra?—Por eso mismo,* respondió el Santo, *yo he dejado mi patria, mis padres y parientes, para vivir en este mundo como en un destierro, sin más pensamiento que buscar el camino derecho para la Patria Celestial; yo he renunciado el rico patrimonio y adopción que me ofrecía mi amo, por la pobreza de Jesucristo ; y así nada me puedes proponer más opuesto á mis intentos que la entrada en un monasterio rico y que está en mi patria.*

Aunque hasta entonces no tenía Pascual determinación fija del sitio y religión en que haría sacrificio á Dios de sí mismo, con todo eso, la Divina Providencia, como que le iba adjudicando á la religión franciscana en su nueva reforma. Esto daba á entender aquel fervor particular con que la gracia había encendido su espíritu con la devoción de Nuestra Señora de Loreto y un afecto particular que á los religiosos de aquel convento profesaba. Una visión celestial aseguró á Pascual del verdadero norte que debía seguir, y calmó las turbaciones de su espíritu. Cuando éste se hallaba enajenado con soberanas dulzuras, le pareció ver un religioso y una religiosa que vestían un hábito de penitencia muy semejante al que usaban los religiosos

del referido convento. Vuelto en sí, entendió que la voluntad de Dios era que tomase allí el hábito, y sin más dilación se fue al guardián y se le pidió con humildad. Como eran bien conocidas las virtudes del zagal entre todos los religiosos, accedieron con gusto á sus súplicas y le dieron el hábito con suma complacencia, persuadidos á que Dios los enriquecía con un tesoro tal de santidad: Experimentada su perfecta vocación y reconocida por el Cielo, le dieron la profesión el día de la Purificación de Nuestra Señora el año 1565.

Viéndose Pascual libre de los lazos del mundo y dedicado para siempre al servicio de Dios, atada su voluntad con los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, dio gracias al Todopoderoso y comenzó de nuevo la carrera de la perfección con tanto fervor como si hasta entonces no la hubiera comenzado. Ejercitábase de continuo en los oficios más humildes y despreciables, con una alegría que manifestaba la tranquilidad de su alma y el gusto que tenía en asemejarse á aquel Señor que se humilló hasta la muerte. Nunca jamás se le vio ocioso. La oración, la mortificación y las ocupaciones de la obediencia dividían su tiempo y sus obras. Siendo portero, llamaron unas mujeres solicitando que el guardián bajase á confesarlas; llevó el Santo el recado, y respondiéndole el superior que le excusase, diciendo *que no estaba en casa*, respondió el Santo: *Perdonadme, Padre, no diré tal, porque eso sería pecado venial*. Sabía que Jesucristo es verdad por esencia, tenía en su corazón y no podía ofender ni con la más ligera palabra los privilegios de la caridad con que le amaba.

No se contentaba con aliviar la miseria temporal de sus prójimos pidiendo limosna para darla después á los necesitados. Su caridad se extendía á más altos fines, y sus limosnas eran acompañadas de discursos patéticos sobre la fealdad del pecado, sobre las penas del Infierno

y sobre la grandeza de Dios. Esta invención feliz redujo á muchas almas de un estado de perdición á una vida fervorosa, contándose entre ellas muchas mujeres perdidas, muchos pecadores endurecidos y obstinados en sus vicios, que, acobardados de su enormidad, llegaban á desconfiar de la divina Misericordia. Con el mismo espíritu de caridad reprendía las faltas que advertía, no solamente en sus hermanos, sino aun en los mismos superiores. Tenía en esto tanta gracia y era tan dulce el artificio que le sugería su celo, que jamás su corrección produjo disgustos ni desazones, sino reconocimiento y enmienda.

El continuo empleo de su tiempo en las obligaciones de portero, limosnero y otros tales ejercicios, le alejaban de las conversaciones de los religiosos instruidos en materias teológicas. Sin embargo, los sabios religiosos que le trataron depusieron con juramento que hablaba de los dogmas más sublimes de la religión con una precisión, exactitud y alteza que los dejaba asombrados. Proponíanle las cuestiones más difíciles acerca de la Trinidad, de la Encarnación y divinos atributos, y á todas satisfacía con tan sublime doctrina y tan acertadas respuestas, que se veía claramente ser el Divino Maestro quien le enseñaba. En efecto, en la oración era donde Dios le manifestaba aquellos arcanos que no le es dado al hombre comprender, ni mucho menos explicar con palabras. Importunábanle los religiosos con las preguntas más arduas y argumentos más difíciles que tiene la teología, deseosos de alimentar sus almas con aquella ciencia no aprendida que salía de sus labios. Pero el Santo, temeroso de los perjuicios que podría ocasionar á su humildad esta prueba, inventó un artificio para ocultar su milagrosa sabiduría. Procuróse varios libros teológicos, leía en ellos y de ellos daba á entender que sacaba las respuestas que le oían. Para este efecto escribió dos libros en donde se trataba de la unión

hipostática del Verbo divino y de otras materias igualmente dificultosas. Y para dar á entender que nada de lo que allí había era producción suya, puso en la portada esta inscripción: *En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas y un Dios verdadero, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, á quien sea dada la gloria y el imperio por todos los siglos de los siglos. Amén. Yo fray Pascual Bailón, natural de Torre-Hermosa de Santa María de Horta, escribí este fárrago para mi espiritual recreo, habiéndole recogido fielmente de muchos libros santos.* No obstante esto, estando en cierta ocasión enfermo, pidió con suma eficacia al guardián que quemase estos libros, para que no quedase en el mundo cosa alguna de donde le pudiese resultar honor y gloria.

La virtud de la humildad, la de la paciencia y la de la obediencia están tan íntimamente unidas, que con dificultad se encuentra la una sin la otra. En los ejercicios de la obediencia hallaba Pascual mucho que sufrir, y ocasiones de humillarse; y, de la misma manera, en la paciencia y en la humillación encontraba el mérito de la obediencia. Su espíritu fervoroso en nada encontraba dificultad ni temía peligro, con tal que pudiese conducir para este efecto. Vióse esto en la difícil peregrinación que hizo á Francia en el año de 1570. Ofrecióse al custodio de su provincia un caso arduo, que necesitaba consultarse con el General. Residía éste á la sazón en París, para donde la escasez de los correos en aquel tiempo hacía necesario enviar un religioso. Habiendo meditado el custodio quién sería más oportuno para una expedición en que peligraba la vida, por causa de estar infestadas las provincias de Francia de herejes hugonotes, que odiaban mortalmente á los frailes, halló que sólo Fr. Pascual aceptaría un cargo tan arriesgado. Llamóle, y le mandó que emprendiese este viaje; y el Santo, con suma alegría, se puso al instante en camino,

confiando en que la obediencia le sacaría salvo de todos los peligros. ¿Llegó al primer convento que tenía su religión en Francia; y habiendo examinado los sabios Padres de aquella comunidad la comisión que llevaba, y conociendo, por otra parte, que peligraba su vida, se pusieron á disputar si era lícito obedecer con semejante peligro. Resolvieron que sí, y dejáronle seguir su camino. Iba el Santo descalzo de pie y pierna, con hábito andrajoso y un rostro de penitencia que llevaba tras sí los ojos de todos. Por cuantos lugares pasaba, en otros tantos recibía muchas molestias y persecuciones del pueblo, que gritaba con furor: *Al papista, al papista*, acompañando estas insultantes palabras con malos tratamientos, y apedreándole muchas veces. En un pueblo le rodearon una porción de herejes, creyendo que un fraile, en la apariencia sin letras, podría fácilmente ser convencido é imbuido de sus errores. Preguntáronle si creía que en la hostia consagrada se contenía el cuerpo de Cristo; y habiendo respondido *que sí*, comenzaron á argüirle con sofismas capciosos para apartarle de la verdadera creencia. El Santo respondió á todo con tanta copia de doctrina y solidez de fundamentos, que tuvieron los herejes que dejarle, confusos y avergonzados. Pero con rabia infernal comenzaron á despicarse apedreándole de manera que le hubieran quitado la vida, si Dios milagrosamente no hubiera torcido la dirección de las piedras. Prosiguiendo su camino, y hallándose molesto del hambre, llegó á pedir limosna á la puerta de un poderoso. Mandóle éste entrar, púsole á su mesa, y mientras comía le dijo que sus trazas eran de un espía español, y como á tal, en levantándose de la mesa, estuviese seguro de que iba á mandar darle muerte. Calló el Santo, quedándose con una serenidad admirable; de la cual movida la señora á compasión, hizo echarle de casa sin que lo viese su marido. A este tenor padeció otros muchos peligros y trabajos; pero, como obraba por obediencia, Dios premió esta heroica virtud,

haciendo que concluyese su expedición y volviese á Almansa bien despachado, como el custodio se lo había prometido. Sin embargo de que su vestido ni le daba abrigo, ni le libertaba de las injurias del tiempo, todavía juzgaba Pascual que era un regalo. Ponía debajo de él varias suertes de cilicios que con piadosos artificios formaba, unas veces de cerdas, otras de espinas de cardos y otras de puntas de hierro. Su cama era el duro suelo ó una porción de leña, que más bien servía para atormentar el cuerpo cansado que para tomar alivio. Pasaba lo más de la noche en continua oración, tal vez puesto de rodillas, y tal vez postrado en tierra con los brazos extendidos, para que á la meditación acompañase el mérito de la penitencia. Dábase crueles disciplinas casi todos los días del año, particularmente en las fiestas de los mártires, deseando experimentar en sí de alguna manera los dolores del martirio.

A virtudes tan sublimes acompañaba una oración continua y una altísima contemplación de los divinos misterios, en la cual gustaba su alma de tan soberanas dulzuras, que recompensaban abundantemente todos sus rigores, ayunos y penitencias. Tal vez, enajenado y fuera de sí mismo, se daba contra las paredes, y rodaba las escaleras hasta que el dolor le volvía á su ser y le hacía cortar el ímpetu de la contemplación. De sus escritos en esta materia se deduce la alteza y perfección á que llegó este siervo de Dios. Ellos contienen lo más puro, lo más acendrado y sublime de cuanto escribieron los santos. Allí se ven unos coloquios tan tiernos y afectuosos, que prueban el ardiente fuego en que fueron engendrados. A la Madre de Dios tenía una devoción tierna y afectuosa; veneraba sus imágenes con una humillación y respeto que infundía devoción en cuantos lo veían. Rezaba su santo Rosario con tanta frecuencia, que tenía las cuentas gastadas; y en sus pláticas y conversaciones jamás trataba otra cosa que la Vida y Pasión de Jesucristo y las

grandezas de su Madre Santísima.

Unas virtudes tan heroicas quiso Dios que estuviesen adornadas en su siervo con aquellas gracias que se llaman *gratis datas*, las cuales las suele conceder Dios misericordiosamente para manifestar la virtud de los que le sirven con sencillez de corazón. Tuvo el don de profecía, el de penetrar los corazones y el de hacer milagros. En todos ellos fue admirable, juntando al mismo tiempo la exaltación de la gloria de Dios y el provecho de sus prójimos. Una de las cosas que predijo fue el día y hora de su muerte. Quería Dios dar el premio debido á sus prodigiosas virtudes; y el Santo notaba en la efervescencia de su espíritu que quería desasirse de las cosas terrenas y de los lazos de la carne, para unirse eternamente á Aquel á quien había amado toda su vida. Notó esto también una mujer piadosa, que, viendo al Santo ayudar á Misa, advirtió en su semblante una alegría y sonrisa tan extraordinarias, que la pareció ver á un bienaventurado. Estando, pues, en el convento de Villarreal, y presintiendo que estaba cercana su muerte, le dijo á un religioso que le lavase los pies. Extrañó éste semejante diligencia en un hermano qué tan poco cuidaba del aseo de su persona, y mucho más sabiendo la profunda humildad que caracterizaba sus acciones y pensamientos. Significó al Santo su extrañeza, y éste le respondió con una paz y sencillez admirables: *No os admiréis, hermano, que quiero tener los pies limpios para recibir el santo sacramento de la Extremaunción, si acaso Dios quisiese que me sea necesario recibirle.*

El suceso manifestó que hablaba con espíritu profético, pues de allí á pocos días cayó gravemente enfermo de la última enfermedad. Sufrió con suma paciencia los dolores y congojas de una dolencia que las tiene tan mortales, como es el tabardillo y dolor de costado. Nunca le oyeron quejarse, ni pedir medicina ni

alimento, ni volverse de un lado á otro en la cama; antes bien, el rostro alegre y tranquilo manifestaba el deseo que tenía de ser desatado de los lazos de la carne, para vivir eternamente con Cristo. En el discurso de la enfermedad, que duró sólo ocho días, se levantó una vez á dar limosna á los pobres, dándole la caridad y la gracia las fuerzas que le faltaban al cuerpo. En esta ocasión avisó á una pobre mujer que estaba enferma, de que en un mismo día saldrían los dos de este mundo, lo cual se verificó. Agravóse la dolencia; y habiendo recibido los sacramentos de la Eucaristía y Extremaunción con devoción suma, pidió que para morir le sacasen de la cama y le pusiesen en el suelo, queriendo imitar en esto á su santo patriarca. No se le concedió, y así, contento de todos modos con la voluntad de Dios y de sus superiores, teniendo un Crucifijo en las manos, los ojos clavados en él, y el dulce nombre de Jesús en la boca, expiró, dando su espíritu al Señor el día 17 de Mayo del año de 1592, primer día de la Pascua de Pentecostés, y á la misma hora que elevaba el sacerdote la sagrada Hostia en la Misa Mayor. Su cuerpo quedó hermoso, flexible, y con un semblante que movía á un mismo tiempo á veneración y a ternura. Las gentes se conmovieron, y venían de todas partes á venerar el sagrado cadáver, publicándole por santo. Teníase por dichoso el que podía lograr la parte más mínima de un remiendo de su hábito, ó cualquiera otra cosa, por despreciable que fuese. El Cielo glorificaba á este siervo de Dios con infinitos prodigios, pues ningún doliente tocó al Santo, en los tres días que estuvo expuesto á la veneración de los fieles, que no recibiese el remedio de su enfermedad. Ya habían dejado casi desnudo el santo cuerpo, y de hora en hora, crecía la multitud del pueblo que venía movida de la fama de su santidad y de sus milagros. Pensaron en enterrarle, y para lograrlo tuvieron que valerse de la astucia y de la autoridad de la justicia. Pusieron el cadáver en una caja con suficiente porción de cal viva

para que se consumiese la carne, y depositóse todo debajo del altar dedicado á la Purísima Concepción de María. El año de 1611 se hizo por el comisionado obispo de Segorbe la inspección del cadáver, el cual fue hallado entero é incorrupto, sin embargo de haber sido cubierto de cal al tiempo que se hizo su entierro. Justificado esto y una portentosa multitud de milagros, que sería largo referir, concurrieron los solícitos oficios de reyes, príncipes, grandes, entre ellos el duque de Gandía, que dedicó al Santo un magnífico sepulcro; y últimamente, á solicitud de su religión, beatificó Paulo V á este siervo de Dios el día 19 de Octubre de 1618. Alejandro VIII le canonizó después en el año de 1690; continuando Dios sus prodigios por la intercesión de este Santo con todos aquellos que para ser oídos procuran ser imitadores de sus santas obras. Recientemente nuestro romano pontífice León XIII, en su Breve de 28 de Noviembre de 1897, declaró á San Pascual *Patrono Celestial* de los Congresos Eucarísticos y de las cofradías del Santísimo Sacramento.

La Misa es en honor de San Pascual, y la oración la que signe:

¡Oh Dios, que adornaste á tu bienaventurado confesor Pascual con un amor maravilloso acerca de los sagrados misterios de tu Cuerpo y Sangre! Concédenos, misericordioso Señor, que merezcamos percibir aquella dulzura que el Santo percibía en este divino convite del espíritu. Tú que vives y reinas...

La Epístola es del cap. 31 del libro de la Sabiduría, y la misma del día 13.

REFLEXIONES

Aun más que las riquezas, desean los hombres el honor, la fama y la gloria. Habiéndose apoderado de nuestros primeros padres tan profundamente el vicio de la soberbia, se ha propagado en nosotros esta herencia criminal con tal fuerza, que, por lo común, ella es la que inficiona nuestras acciones. Por eso el Sabio no encontraba ninguna en toda la vida que no tuviese el sello de la vanidad, clamando en todas las cosas vanidad de vanidades, y todo vanidad. El hombre más bien provisto de bienes de fortuna, piensa que nada tiene cuando le faltan los oropeles del honor. Y aun éste se desprecia en comparación de un hombre ruidoso que acarree mucha fama y mucha gloria. Por este bien imaginario se sacrifican con gusto el reposo, las riquezas y hasta la misma vida; sin que haya peligro tan horroroso ni muerte tan aciaga que pueda retraer á los hombres, cuando una vez se han embriagado de la pasión de la gloria. Al paso que esto es verdad, no lo es menos que yerran los hombres el camino por donde pueden lograr seguramente el objeto que desean. Es un engaño creer que ha de haber para los cristianos otra ley y otra regla que la que ha habido para Jesucristo. Este Hombre-Dios llegó á toda la exaltación que le pudo dar su Eterno Padre por medio del cumplimiento de la ley y de las mayores humillaciones. He aquí el sendero derecho que guía á la inmortalidad y á la gloria verdadera; y he aquí el mismo que propone el Espíritu Santo en la Epístola de este día. El que despreció las riquezas, el que no permitió que deslumbrase sus ojos el brillo seductor del oro, ni puso en él sus esperanzas, éste será eternamente glorioso. Estas palabras de eterna verdad se ven comprobadas con una experiencia tan constante, que causa maravilla cómo han podido los hombres buscar otro camino para llegar á hacerse famosos en el mundo.

Todos los héroes que nos presenta la historia llevan consigo la idea del desprecio, y aun de la execración,

cuando sus acciones no han estado selladas con el sello de la virtud. Un Alejandro subyugando al universo, un Julio César usurpándose el poder de la mayor de las repúblicas del mundo, y otros semejantes personajes podrán conciliarse una vana admiración; pero sus obras sanguinarias cubrirán de una eterna ignominia su memoria. ¡Qué locura, pues, es la tuya, oh cristiano, cuando con semejante experiencias andas todavía tan solícito para procurar conseguir la gloria de este mundo! ¿Piensas que éste mudará contigo sus antiguas máximas de confundir y llenar de desprecio á aquellos que más le han servido?, ¿Crees que se puede mudar la misma verdad, ni que podrán faltar jamás sus divinas palabras? No es posible que quepan en tu corazón ideas tan quiméricas. Luego, si deseas gloria, debes estar persuadido á que no podrás jamás conseguirla sino por el camino que la alcanzaron los santos.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas, y el mismo que el día 12.

MEDITACIÓN

Sobre los bienes de la humildad.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la humildad es un manantial de bienes verdaderos para el alma que en ella se ejercita, los cuales huyen perpetuamente de los soberbios.

Estos miserables andan vagando, hechos presa de sus soberbios pensamientos, para encontrarla paz y tranquilidad de su alma, que, á manera de sombra, huye de ellos cuanto más la persiguen. La soberbia, la ambición y el deseo de ensalzarse sobre sus semejantes llenan el corazón del hombre de tales cuidados y fatigas, que le traen en un perpetuo desasosiego y en un círculo de inquietudes. Por más que se adelanten sus pasos

hacia el objeto deseado; por más que consiga una gran parte de aquellas distinciones y autoridad que apetece, siempre se le presenta á los ojos un camino interminable y una multitud de objetos que ponen á su soberbia en nuevo y continuo movimiento. Por eso dice el Espíritu Santo *que la soberbia está siempre en un continuo ascenso*. ¡Y cuántos dolores, cuántas amarguras tiranizan el corazón humano, cuando no corresponde á sus deseos el éxito de sus pretensiones! El soberbio está continuamente formando proyectos que desvanecen las casualidades; inventando artes y astucias que salen vanas; haciendo pretensiones ineficaces en el efecto, sacrificando sus riquezas para comprar los medios de su exaltación.

El humilde, por el contrario, ¡de qué gozo, de qué tranquilidad verdadera no tiene inundado el corazón! Con todo está contento, todo le satisface; mira los bienes de este mundo como impedimentos para ser feliz; las dignidades, como el centro de la inquietud y de las amarguras; y el ser más que los demás, como un motivo de mayor responsabilidad y de mayor peligro para su alma. Desde el abatido lugar en que habita, ve con ojo tranquilo derrocarse las torres altas de soberbia; y los grandes acaecimientos que espantan al mundo, apenas logran en él una ojeada desdeñosa. Sólo ve grandeza, riqueza y poder en Dios; y, contento con servirle, coloca en esto toda su gloria. Nada le turba el sueño, porque sus pensamientos son pensamientos de paz. Ninguna cosa le da pesadumbre, porque en nada de este mundo coloca su interés. Nada turba la tranquilidad de su alma, porque todo lo que no es Dios lo mira con indiferencia.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la humildad, además de la tranquilidad que produce en el alma, es un imán que atrae hacia sí las divinas gracias y misericordias.

El apóstol Santiago explicó en pocas palabras las prerrogativas singulares de la humildad, diciendo: *que Dios resiste á los soberbios, y da su gracia á los humildes.* En efecto, así como de un modo admirable hace que no tengan efecto todas las maquinaciones de los soberbios, de la misma manera por caminos escondidos ensalza á los humildes, llenándolos de gracias y honores mayores que sus esperanzas. ¿Quién no se pasma al ver al soberbio Aman estarse gozando con la próxima muerte y abatimiento del infeliz Mardoqueo? ¿Quién no admira la turbación, el disgusto, la consternación que le causaba, en medio de toda su gloria, el que un hombre despreciable no le hiciese cortesía? ¿Y quién no admira sobre todo los consejos de Dios, que á un hombre tan soberbio le abatió hasta el extremo de ocupar el cadalso que él mismo tenía preparado á aquel que le despreciaba? Por el contrario, vemos á un José salir de los horrores de una cárcel, y del laberinto de una vergonzosa calumnia, á mandar el reino de Faraón, y á tener en su mano el corazón del monarca y la suerte de sus vasallos. Estos espectáculos con que ha querido Dios manifestar al mundo el horror con que mira la soberbia, prueban al mismo tiempo la generosidad con que ha derramado sus gracias sobre las almas humildes. El verdaderamente humilde está libre de contaminarse con los hábitos venenosos de la soberbia, de la vanagloria y de la confianza en sus propios merecimientos. Nada se atribuye á sí, de ninguna acción buena se reconoce autor; por más que en sus obras brillen los influjos de la divina gracia, siempre tributa á ésta todo el mérito y valor. De consiguiente, se reconoce delante de Dios por pecador, por indigno y despreciable. Esta humilde confesión excita la bondad divina á derramar sobre él las gracias en más abundante copia; estas gracias le hacen de cada vez más perfecto, y le colocan en un estado más seguro; y de todo resulta, que el verdadero humilde llega á ser un tesoro que encierra en sí todos los bienes celestiales. Esta

consideración sola bastaría para ahuyentar de los hombres aun la sombra de soberbia, y enamorarles de la preciosa virtud de la humildad.

JACULATORIAS

Mi Redentor Jesucristo vino á este mundo á salvar los pecadores, entre los cuales mi conciencia me certifica de que por mi ingratitud soy el primero y el más digno de castigo.—*Tim.*, cap. 1.º

Pero Vos, Dios mío, por pecador que yo sea, tenéis dada palabra de no despreciarme, siempre que llegue á vuestros pies con un corazón contrito y humillado.—*Ps.* 50.

PROPÓSITOS

Si Dios se humilló, dice el gran Padre San Agustín, avergüéncese el hombre de ser soberbio. Y con muchísima razón; porque ¿qué títulos puede ostentar el hombre para hacer excusable su soberbia, después que el mismo Dios se humilló y, como dice el Apóstol, se anonadó, obedeciendo hasta padecer muerte de cruz? ¿Eres poderoso? Jesucristo era el Verbo y él poder eterno con que sacó de la nada todas las cosas. ¿Eres príncipe, eres grande en el mundo? Jesucristo era el Príncipe de paz, el Rey pacífico, el que tiene su imperio sobre su hombro, el Monarca de los monarcas y el Señor de los señores. ¿Eres abundante en riquezas? Jesucristo poseía todos los tesoros del Eterno Padre; á El le dio Este toda la potestad sobre los Cielos y la Tierra. ¿Eres sabio? Jesucristo era la misma Sabiduría por esencia. ¿Eres noble? ¿Haces ostentación de una prolongada serie de ascendientes gloriosos? Jesucristo era de la sangre real de Santo Rey y Profeta David en cuanto hombre, y, en cuanto Dios, es Hijo del Eterno Padre. ¿Te ensoberbece esa hermosura de cuerpo que posees sin haber hecho

diligencia alguna para adquirirla? Jesucristo es el más hermoso y agraciado entre todos los hijos de los hombres, como dice el real Profeta. Sin embargo de todo esto, Jesucristo se humilla, y se humilla hasta morir; ¿qué deberás tú hacer? *Avergonzarte de haber sido soberbio, y proponerte para lo sucesivo al mismo Hijo de Dios por ejemplar. Cuanto más ensalzado te halles sobre los demás hombres, dice San Agustín (Sermo. 215), otro tanto más debes humillarte; la gloria del honor consiste en la virtud de la humildad.* Sin esta virtud no puedes decir que eres cristiano; y así dice el mismo Santo Padre: *Si me preguntas qué es lo primero en la religión y ciencia de Cristo, respondo: La humildad es lo primero. Si preguntas qué es lo segundo, respondo: La humildad. ¿Cuál es lo tercero? La humildad.* Así da á entender la necesidad de esta virtud para la vida cristiana, y así hace ver que sin ella no puede subsistir el edificio de la gracia, ni llamarse ninguno verdadero cristiano.